

LA PESADILLA

*Álvaro Zúñiga Cascante**

1.

Aquella tarde era la tarde de arte. En una esquina adornada de *flasches* y periodistas se encontraba el últimamente reconocido pintor, de barba larga y negra, con camisa blanca pulcra y boina gris, como la tarde lluviosa típica de octubre.

Nadie podía evitar saludarlo ni pedirle una fotografía pues su reconocida obra había generado la expectación más grande en la ciudad. Sin haber visto la reciente pintura, el público emocionado aplaudía sin razón al pintor, que sentado en un banquillo de madera posaba para las cámaras, mientras un periodista afinaba todos los preparativos para la próxima entrevista.

Junto al artista se hallaba el cuadro, resguardado por una cortina de azul brillante. El cuadro del que todos hablaban, pero nadie sabía de qué. Solamente era el cuadro más importante en la carrera artística del pintor, y esto sin ninguna razón aparente que probara tal importancia. Tan sólo era el cuadro predilecto, la pintura esperada.

Muchas habían sido las obras realizadas por parte del pintor: el retrato de la alcaldesa, la descripción de la imagen de los parques, las

estatuas de hombres y mujeres importantes; todo aventurado a la más exacta descripción del ambiente material que rodeaba a la ciudad. Y todos alababan al pintor por tan exactas propuestas, tan correctas cuasifotografías, ¡qué detalle! ¡qué efectos! ¡qué soltura!

-¿Estamos listos?- preguntó el periodista, que venía vestido de traje entero, negro profundo y una corbata amarilla destellante; bien peinado de acuerdo a la ocasión, dejando en el aire el aroma del perfume más caro de la ciudad. -¿Estamos listos?- repitió, y enseguida llegó la alcaldesa y se posicionó al lado del cuadro.

-Perfecto. Contando tres, entramos al aire. Señora Alcaldesa, cuando le haga una seña usted nos muestra la obra- dijo el periodista.

Enseguida con su mano hizo los movimientos respectivos para el uno...dos... y tres. Seguidamente unas luces se prendieron como parte de los efectos de la transmisión, y el especial de aquel día empezó.

La imagen central en todos los televisores mostraba al pintor sentado en su banquillo tranquilamente, el cuadro oculto y la Señora Alcaldesa con su acostumbrada sonrisa de quinceañera tomando un cordoncillo, el cual haría desaparecer la cortina de resguardo para mostrar lo que todos deseaban ver.

* Estudiante de bachillerato en Filología Española, Universidad de Costa Rica.
Recepción: 18/08/11. Aceptación: 08/10/12.

La incertidumbre parecía la misma que sentía la afición con una tanda de penales para definir un partido de fútbol, o la misma de un adolescente momentos antes de ver fotografías prohibidas. Todos se comían las uñas, los embargaba el misterio, y mientras nadie podía apartar su mirada de aquella escena, la Señora Alcaldesa realizó un movimiento suave, lento y definido que dio al traste con la cortina y mostró aquello...

Un ahogo magistral se tragó los suspiros de todos y como un fantasma el silencio controlaba todos los espacios de todos los rincones de toda la ciudad.

Aquello...

El pintor seguía con la mirada perdida, como de quien vive tranquilamente sin importar nada. Semblante entre serio y alegre. Más bien alegre pues parecía asomarse una sonrisa a aquel rostro poblado.

Los demás fruncían el cejo, añorando encontrar alguna luz, alguna explicación, alguna secuencia coherente entre aquellas imágenes. ¿Qué era aquello? Se preguntaban, parecía una gota...sí eso era, una gota de lluvia...lluvia de la ciudad central, pero ¿y lo que hay dentro de la gota?

En la parte baja del cuadro rezaba el siguiente grabado: *La pesadilla*.

De pronto el pintor alzó la cabeza, miró a todos y sonriendo dijo:

- Mi nombre es de las cosas que más me gustan-
Acto seguido cayó muerto.

2.

Corrían los días de octubre, y como comunes, eran días de lluvias incesantes, fuertes ventiscas, y frío arrollador, que invitaban a cualquiera a disfrutar del sueño, segundo aire para los mortales.

De este no se escapaban los reyes, ni los maestros y mucho menos los artistas. En la serenidad de su habitación, el pintor aquel se

había dormido como a las tres de la tarde y no despertaba desde entonces.

Sumido en ideas tan profundas y complicadas, el pintor deambulaba entre sí mismo. Siempre lo hacía en invierno, y más cuando en su cabeza lo carcomía alguna idea.

De pronto despertó, como quien recibe el suelo molesto después de una caída.

- Mi nombre- dijo- prueba viva del apropiamiento-

Aquella idea no lo dejaba un instante. El nombre de cada quien era como la estampilla particular de nuestra existencia, decía, sin nombre no seríamos Alberto o Susana, Mario o Carolina... ¿y de que valdríamos sin nombre?

En eso se ocupaba y mientras se levantaba de la cama, trataba de recordar los últimos acontecimientos en su cerebro, las imágenes de aquel sueño molesto que por poco lo mata.

Llegó a la cocina y allí mismo se sirvió café con leche. La estancia era un sitio extraño para ser una cocina, pues abundaban en demasía los lienzos, las temperas, los pinceles. Parecía más el taller que cualquiera pudo haberse imaginado, pero el pintor tenía una gran razón para mezclar la cocina y el taller, y la razón era que pensaba mejor mientras comía.

- Una gota de lluvia gigante- dijo,
mientras tomaba pequeños sorbos de café. Luego se puso en pie, tomó un lápiz cualquiera, de los mil que tenía y dibujó una gota enorme que rozaba apenas una superficie.

Visto esto comenzó a recordar el sueño:

Si el nombre fuera un aspecto abstracto de la realidad porque nos sentiríamos uno con él. Los sueños deben ser la alteración más apropiada de la realidad pues en ellos discurrimos nuestras verdades y venturas, aunque queramos olvidarlos de lleno, cuando despertamos.

El pintor se queda pasmado frente a aquella situación, recuerda su posición a la gente de la gran ciudad cuando salía de sus casas a apreciar un eclipse o un halo solar.

Luego, aquel ojo se cerró suavemente y de él emergió una lágrima gigantesca.

Al ver aquella inmensidad cayendo contra él, el pintor se aísla en unos árboles cercanos, mientras ve la gota caer, pero ¿qué hay dentro?

Unas manos parecen suplicar al cielo. Son personas dentro de la gota, pero son sus manos las que alcanza a ver.

Inmediatamente la gota revienta contra el suelo y al chocar emergen en grandes cantidades objetos de distintas formas: libros, cajas de música, muñecas de trapo, zapatos, lápices, bicicletas y balones.

Luego despierta...

- Entonces no era una gota de lluvia—dijo, y comenzó a pintar.

3.

Los funerales habían sido magníficos: flores de todos colores, ataúd de la madera más preciada, misa articulada con la mayor reverencia, destellar de personas en los alrededores de la iglesia y el cementerio. La muerte tenía todo

el sentido de celebración en la ciudad central, y ante el testimonio de muchos de apreciarla de cerca, corría aún más el temor milenario de toparse con ella.

Murió el pintor, con aquella sonrisa dibujada en la boca. Sonrisa que nadie pudo eliminar, ni siquiera para efectos del sepelio.

Después del trágico evento en el museo, la Señora Alcaldesa descubrió una nota minúscula al pie de la pintura que decía:

Una lágrima de amor, de felicidad, de dolor, de frustración o de muerte.

Mi nombre es el de la pintura.

Unos decían: - Bueno, el caso es que la muerte no es definitiva, pues el nombre es lo que queda de nosotros, y en todo caso es lo que nos representa.-

Otros agregaban – Si la pintura es el nombre de aquel pintor, pues que perdure como perdura una fotografía.

La pesadilla fue ubicada en el Museo Nacional de Arte en la ciudad central, estrictamente resguardada de hampones, parece describir para todos la sensación de caída.

